

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO II

TEGUOIGALPA: 15 DE SEPTIEMBRE DE 1962

NUM. 28

El sueño de Venecia

(Fragmento de la novela
FLOR DE SANGRE)

ALMA mía:—dulce y triste criatura de boca florida y grandes ojos del color de la obsidiana;—forma leve que envuelta en un tul argentado, vi una noche en un claro de luna:—tú que tienes la blancura diáfana de los lirios acuáticos y el perfume de los cállices de las rosas;—tú que amas el silencio sobre todas las banales melodías del mundo... el hondo silencio que habla un lenguaje recóndito y tiene la elocuencia sobrehumana del misterio....—Alma de amor, ven conmigo, en esta solemne hora nocturna, al país perfumado de los sueños...

Bajo la ardiente cúpula del cielo vaguemos en una góndola blanca por los canales inmóviles de Venecia dormida. Gocemos del supremo encanto de la ciudad única; de la contemplación de su hermosura legendaria é inolvidable. Yo impulsaré suavemente el esquife con un remo de marfil, y surcaremos las aguas azules como si nos guiara el cisne de Lohengrin. Siéntate junto á mí, tan cerca, que mi corazón oiga el latido del tuyo y acaricie mi rostro el hálito de tus labios bermejos...

Vaguemos, como dos sombras, frente á los palacios de arquitecturas fabulosas; frente á la gloria estupenda del mármol, multiplicada en los arabescos, en las columnatas y en los magníficos rosetones de las torres. Mil sueños fúlgidos incendiarán mi fantasía y mi alma se poblará de perfumes y de imágenes inefables. Evocaré la memoria de mis lejanos anhelos y sentiré florecer de una manera divina mis tristezas en el sereno ambiente de inmortal poesía. Evocaré los recuerdos de las leyendas amorosas; y no veremos revolar sobre nuestras cabezas las sagradas palomas de San Marcos en las cla-

ras mañanas de septiembre; ni pasar junto á nosotros bellas vírgenes vendiendo cestas de violetas. No veremos el esplendor de las fiestas fastuosas en los palacios de oro y de mármol; ni en la obscura noche pasar las góndolas fugitivas, consteladas de luces de colores, como visiones ilusorias...

No. Apenas oiremos, en las altas horas, surgir del hondo silencio del cielo y de las aguas, el rumor de una góndola que se desliza tenuemente, como una flor impulsada por el céfiro sobre la superficie de un estanque...

Después llegará á nuestras almas una música lejana y sutil como un milagroso encaje de armonía; una música honda y ligera que parece aletear en el espíritu y que recibe el timpano como una cancia embriagadora. Melodía aérea, cercana y distante, que tiene la dulzura de los besos y la amargura de las lágrimas; que es tristísima, y habla, sin embargo, de alegrías inmortales. : melodía que ríe y que llora, que es mundana y mortuoria, y dice á las almas profundas cosas misteriosas que no son de la tierra.

Es la antigua serenata veneciana, llena de palabras ardientes sollozadas al ritmo lento del bandolín polifónico; la canción amorosa del Adriático, llevada sobre las olas azules por los vientos nocturnos; la voz del espíritu y del deseo, prodigiosa y dulce en esa hora en que la luna borda fugaces flores de plata sobre los muros de piedra.

De pronto, en lo alto de un palacio se abre una ventana gótica coronada de tréboles, ceñida de jaspes. Y aparece una blanca beldad—visión de nieve y de luz—que se inclina hacia la góndola inmóvil, sobre la que deja caer una escala de seda... El amante sube por ella;—la ventana se cierra;—todo queda en silencio...

Todo queda en silencio, Alma mía. Solamente oigo la voz de tu corazón. Acércate más y tiende sobre mí el manto de tu

cabellera castaña... Continuemos nuestro viaje por los canales callados, bajo la luna fantástica... Y con las manos unidas y los labios juntos, guardemos silencio y soñemos un sueño milagroso de dolor y de amor, del que sólo debemos despertar en un país de sombras, fríos y pálidos, en los brazos de la Muerte...

FROILÁN TURCIOS

Los Elfos

(Traducción de Leopoldo Díaz)

De tomillo y rústicas yerbas coronados
los Elfos alegres danzan en los prados.

Del bosque por arduo y angosto sendero
en corcel obscuro marcha un caballero.
Sus espuelas brillan en la noche bruna,
y, cuando en su rayo lo envuelve la luna,
fulgurante luce con vivos destellos
un casco de plata sobre sus cabellos.

De tomillo y rústicas yerbas coronados
los Elfos alegres danzan en los prados.

Cual ligero enjambre, todos le rodean
y en el aire mudo raudos voltigean.
—Gentil caballero, ¿dó vas tan de prisa?
la Reina pregunta, con suave sonrisa;
fantasmas y endriagos hallarás doquiera;
ven, y danzaremos en azul pradera.

De tomillo y rústicas yerbas coronados
los Elfos alegres danzan en los prados.

—No! Mi prometida, la de ojos hermosos,
me espera y mañana seremos esposos.
Dejadme prosiga, Elfos encantados,
que holláis vaporosos el musgo en los prados.
Lejos estoy, lejos, de la amada mía,
y ya los fulgores se anuncian del día.

De tomillo y rústicas yerbas coronados
los Elfos alegres danzan en los prados.

—Queda, caballero, te daré á que elijas
el ópalo mágico, las áureas sortijas,
y, lo que más vale que gloria y fortuna:
mi saya tejida con rayos de luna.
—No!—dice él.—Pues anda!—Y su blanco dedo
su corazón toca é infúndele miedo.

De tomillo y rústicas yerbas coronados
los Elfos alegres danzan en los prados.

Y el corcel obscuro, sintiendo la espuela.
parte, corre, salta, sin retardo vuela;
mas el caballero, temblando, se inclina;
ve sobre la sombra forma blanquecina
que los brazos tiende, marchando sin ruido.
—Dejadme, oh demonio, Elfo maldecido!

De tomillo y rústicas yerbas coronados
los Elfos alegres danzan en los prados.

—Dejadme, fantasma siempre aborrecida!
Voy á desposarme con mi prometida.

—¡Oh, mi amado esposo, la tumba perenne
será nuestro lecho de bodas solemne.
He muerto! —dice ella—y él, desesperado,
de amor y de angustia cae muerto á su lado.

De tomillo y rústicas yerbas coronados
los Elfos alegres danzan en los prados.

LECONTE DE LISLE

El Vocero de Córcega

EL Vocero de Córcega no sólo preside las exequias sangrientas del asesinato, sino que acompaña también á los funerales pacíficos. Entonces su acento cambia y su voz se enternece: ya no es el Toksin trágico que toca á venganza, es la campana que canta al alma escapada del mundo, los adioses de los que la sobreviven. Las mujeres son también las sacerdotisas de esos servicios domésticos de la tumba. El instinto de todos los pueblos ha buscado siempre la voz de la mujer para hablar á la muerte, así como la ha elegido para llamar al sueño. Roma tenía sus lloronas pagadas, fuentes públicas de lágrimas venales, de las que cada cual podía sacar su liberación de dolor; instrumentos de lamentación á los que sólo se pedía el diapasón del sollozo. Pero lo que en el paganismo sólo fué la música de las fiestas funerarias, se transformó en algunos pueblos en lamentación dolorosa. Grecia, Italia y España tienen, como Córcega, sus VOCERATRICES; sencillas mujeres cuyo corazón no resuena sino cuando se rompe. El dolor moral no ofrece fenómeno tan patético como el de esa transfiguración interior que agita á una campesina ignorante del delirio sagrado de las Sibilas, y que la hace hablar durante una hora un lenguaje que olvidará al día siguiente.

El ceremonial de los entierros ordinarios de la Córcega es diferente del de sus dueños trágicos. El muerto está acostado sobre la mesa, con el rostro descubierto también; pero cirios alumbran la habitación y el cuerpo lleva el traje de fiesta. Si el muerto es sacerdote, se coloca un cáliz en sus manos, como para hacerle ascender al cielo en la actitud de la elevación. Si es doncella, la atavian con sus vestidos más hermosos y se la expone en el umbral de la puerta, dirigiéndole los pies á la casa. Los funerales con el semblante descubierto, constituyen uno de los espectáculos más tiernos de la Italia religiosa. Muchas veces hemos encontrado de noche en las calles de Roma uno de esos entierros de doncella, que aparecen á primera vista como si fuera la celebración de una boda misteriosa. La joven muerta, vestida de blanco, reposa sobre un lecho fúnebre, rodeada de FRATI, velados como sombras; su cabeza flota entre la aureola que forman las luces de los cirios; los sacerdotes la cantan los psalmos de la bendición y de la gracia, las campanillas de los infantillos lanzan ante el acompañamiento

sus voces de pájaro. Al aproximarse el cortejo, los transeuntes se detienen y se arrodillan; las mujeres envían besos y hacen signos de la cruz, y flores y ramos llueven desde las ventanas sobre el blanco sudario. Palmas, armonía, luz y ovación angélica, bienvenida celeste alrededor del féretro nupcial que conduce hasta á Dios á la virgen adormecida á la luz de las antorchas y á la de las estrellas.

Los VOCEROS de Córcega tienen en estos casos dulzura arrebatadora. El odio y la afección son extremados en ese pueblo, que sabe amar como odiar. A las abejas las complace elaborar la miel en el tronco de las encinas heridas por el rayo. Nunca se habló á la muerte lenguaje tan natural y tan tierno. Ya es una esposa que se dirige á su esposo, y temiendo haber incurrido en su desgracia, le propone humildemente separarse de él y cederle su hija.—“Si no quieres permanecer en el país—márchate á Bastia—y vive allí con Nunzia-María.—Quizás ya mi compañía te moleste.”

Una doncella pronunciando el VOCERO de una de sus compañeras, encarga á la muerte de una comisión para el cielo:—“Escribiré una cartita—pronto y te la entregaré—sin cerrarla con lacre—porque me fio de tí.—Se la remitirás á mi padre—tan luego como llegues.”

Las obras maestras de esas elegías naturales son los VOCEROS cantados por las madres á sus hijas que muerte precoz arrebató.

Se oyen Héculas y Niobes de aldea más eloquentes en la naturalidad de su dolor que los poetas. Oíd el cántico de una madre que llora á una hija de diez y seis años:

“He aquí á mi hija—niña de diez y seis años!—Hela aquí tendida sobre la mesa—después de largos dolores;—hela aquí vestida—con sus mejores trajes.

“Con sus mejores trajes—va á partir al momento,—porque el Señor no quiere dejarla ya aquí.—La que nació para el Paraíso—no puede envejecer en el mundo.

“Hija mía! Tu faz—tan blanca y tan rosada—cómo cambió la muerte!...—Cuando te contemplo—creo ver una estrella apagada.

“Eras entre las mejores—y más hermosas doncellas—como la rosa en medio de las flores—como la luna en medio de las estrellas.—Eras la más bella entre las más bellas.

“Los jóvenes del país—estando en tu presencia—se ruborizaban como hachones encendidos.—Eras amable con todos—familiar con ninguno.

“Todos en la iglesia—desde el primero hasta el último—sólo á tí te miraban—pero tú no mirabas á nadie.—Cuando terminaba la misa—me decías: mamá, vámonos.

“Quién puede consolarme ya—esperanza de tu madre?—Te vas á las regiones—donde el Señor te llama.—Ay! ¿Por qué el Señor—tanto te desecó?—Contigo desde ahora—será más hermoso el Paraíso! Pero también el mundo—estará para mí lleno de dolor!—Cada día me parecerá mil años—pensando en tí—preguntando sin cesar:—¿Dónde está mi hija?

“Entre parientes sin afección—y vecinos sin cariño—si enfermo en la cama,—¿quién me enju-

gará el sudor?—¿Quién me dará una gota de agua—quién me impedirá morir?

“Al menos pudiera morir—como tú has muerto—esperanza de mi corazón!—y pudiera ir al cielo—y encontrarte—y estar contigo—y no perderte ya jamás!

Ruega, pues, al Señor—que me saque del mundo—porque ya no puedo permanecer en él;—porque si no mi dolor—nunca tendrá término.”

Terminamos con esa patética queja, que rescata todos los furoros de la VENDETTA; como una lágrima derramada por su Angel, extinguiría, si cayese, el fuego del infierno. Detengámonos ante ese lecho cándido en el que duerme una virgen, tan santamente llorada: él nos ocultará los acoñamientos furiosos, los cuerpos sangrientos y las escenas de discordia que hemos atravesado. La presencia de esa joven muerta sucediendo á tantos cadáveres acuchillados por el puñal ó atravesados por las balas, hace descansar y recrear la vista como una hermosa visión. Ese gemido parece dulce después de tantos gritos. Tal sucede en el quinto acto del HAMLET, en el que el espectador experimenta alivio melancólico, cuando llega al cementerio el blanco féretro de Ofelia é interrumpe el choque de las espadas y el encarnizamiento de las venganzas. La acción funesta se detiene un instante; los odios se dan una tregua, las pasiones se apaciguan y tiernas palabras refrescan el aire, cargado de sangre y de tempestad.

—“¡Pueda Dios de tu hermosa carne immaculada hacer brotar violetas! Flores sobre esa flor!—Yo creía, hermosa niña, ornar tu lecho nupcial y no caminar detrás de tu ataúd!..

PAUL DE SAINT-VICTOR

Stella

Ayer te vi cruzar por mi camino y desbordó en el alma la amargura: era tu misma síderal blancura, tu rostro grácil, tu perfil divino.

¡Por qué de nuevo me acercó el Destino á tu inquietante y lánguida hermosura, oh, Stella, que alumbró mi desventura con su pálido rayo sibíano!

El sol primaveral, un beso ardiente dejaba sobre el lirio de tu frente, y ví, en tus ojos, el azul desierto.

Quise nombrarte y exhalé un gemido, la cabeza incliné como un vencido, llamé á tu corazón.... estaba muerto!

LEOPOLDO DIAZ

15 de Septiembre de 1842

Ningún héroe, ningún patriota, ningún repúblico, ha muerto con más fe que Morazán en el progreso indefinido de la libertad.

Ninguno, que yo sepa, ha pedido á la juventud que imite su ejemplo sublime de sacrificarse por la patria.

El se declara culpable y sin reucores en presencia de sus verdugos, y con acento de apocalíptica tristeza, afirma que los últimos latidos de su poderoso corazón se llevan á ultratumba su invencible amor á Centro-América

El patíbulo del General Morazán es para él una luminosa transfiguración; es "la esplendente nube en que puso firme el pie para remontarse al cielo."

Yo condeno con severidad el crimen, pero jamás tendré una sola palabra de execración para maldecir á la familia costarricense. Una atmósfera moral preñada de pasiones y errores invencibles oscureció la conciencia de muchos umbres estultas y espíritus perversos, en aquella sociedad, en que también tuvo Morazán muchos amigos, muchos admiradores que sufrieron por él hasta después de su muerte.

¿Y qué decir contra las dos generaciones que han venido después, sin ninguna participación en aquel drama de horror?

Menos justificable es aún proferir algo rencoroso, cuando sabemos que Nicaragua y hasta el mismo Honduras ¡ay! celebraron con festines y regocijos públicos el sacrificio atroz de Morazán...

¡Silencio, pues, en este punto, si queremos la reintegración de la patria por la concordia y la fraternidad!

Toca al actual Gobierno salvadoreño el honor de haber llevado á cabo la glorificación del héroe favorito de este pueblo—del Capitán insigne que quiso legarle sus cenizas, como para identificarse con él hasta por el polvo que le sirvió de forma en este mundo.

El bien inspirado gobernante que está realizando esta primera apoteosis del heroísmo y del genio en la América Central, ofrece con ella ejemplo edificante á la juventud, que debe ser elemento de regeneración por las virtudes; estímulo poderoso á los honrados servidores de la patria; tentadora emulación á los que siguen la carrera de los héroes; aplicación del buen gusto por el arte á la cultura nacional.

¡Pueblo generoso de El Salvador, pueblo querido de mi corazón! Cuando sea necesario que vuelvas á luchar por las garantías sociales y los derechos del hombre, por la integridad y la independencia de la Patria Centro-Americana, congrégate al pie de este monumento, pidiendo inspiraciones al Semí-Dios de nuestra historia. El pondrá su imagen en tu pecho, y triunfarás en todos los grandes lances que te esperan.

Y vosotros, respetables veteranos que marchasteis en ardiente tropel en pos del adalid glorioso, haciendo luz de libertad con vuestros aceros vencedores, y con ellos segando laureles para su frente y para la vuestra, inclinados un momento con gratitud y con respeto ante el gobernante liberal y civilizador que os ha traído á esta gran fiesta de la patria, para vincular su nombre y el vuestro á la gloria inmortal de Morazán.

¡JOVENUD, á quien el prócer encomendó la coronación de sus esfuerzos malogrados! Apercíbete á desarrollar con valentía los gérmenes de nuevas creaciones y de vida nueva que llevas en tu alma, porque la sombra de Morazán estará moviéndose inquieta hasta que un espíritu de los

tuyos vuele, como la paloma de Noé, llevándole el mensaje de la resurrección de su patria, mientras llega la procesión de los nuevos mártires que debun ir á confundirse con él en la inmortalidad.

ALVARO CONTRERAS

La rosa mereñita

(Tema de Heine)

AL POETA JUAN RAMÓN MOLINA

Amigo Turcios: Recibo y leo con mucho gusto y gran interés su REVISTA NUEVA. Aunque ya yo estoy muerto para las bellas letras, y sepultado en esta fosa del darismo, siento anhelos de resurrección cuando leo lo que Ud. y otros buenos ingenios producen con tanta vida y hermosura.

Allí van esos versos; y quiera Dios que un día de éstos me sienta como antes, con bríos y entusiasmo para escribir. Entonces será para la REVISTA NUEVA lo que me salga del alma ó mi imaginación cree.

Lo abraza su afectísimo,

R. MAYORGA RIVAS

Agosto 20 de 1902.

Se enamoró mi corazón un día
De una rosa en botón, que de improviso
Trocóse en flor purpúrea, en cuyos pétalos
Se desposó la luz con el rocío.

Era la reina del jardín! Lleguéme
Para cogerla, y balanceóse esquiiva,
Velándose entre el ramaje de esmeralda
E hiriéndome las manos sus espinas!

Está marchita ahora y deshojada
Por el sol y los vientos y la lluvia,
Y hoy quiere que me acerque y la acaricie
Y que le hable amoroso y con ternura.

De su mustia corola se desprende
Aroma viejo que el amor recuerda,
Y un polvillo sutil, que es como el rastro
De glorias idas y esperanzas muertas!

Para el placer y la ilusión ya es tarde!
Seca la rosa y afligida mi alma,
Tan sólo puedo dar á la flor triste
Un beso de dolor mojado en lágrimas.

Y puede ser que así como en un día
El rocío y la luz se desposaron
De la rosa en los pétalos, celebren
Hoy sus nupcias allí el amor y el llanto...

R. MAYORGA RIVAS

(Inédita, para la Revista Nueva)

El vuelo

Si es tu voluble espíritu la abeja
que sólo busca deleitosas mieles
de las almas en flor, tu intento deja
y no te acerques, ni á mi lado vuelas.

No encontrarás el zumo perfumado,
y es peligroso tu galante juego;
quien te mira se riñe enamorado,
y mi amor hacia tí será de fuego.

Aunque me atraiga tu beldad suprema,
no me deslumbran tus brillantes galas:
y el amor es contagio, el fuego quema,
y si te acercas perderás las alas.

FRANCISCO A. DE ICAZA

El jugador honrado

—Escuchad—dijo Marión—vamos á entretenernos con un juego que he inventado.

—¿Se puede saber cuál es?—preguntó él con timidez.

—Sí, oíd; yo os digo una cosa, no importa cuál, la primera que se me ocurra; si os hace llorar, perdéis y yo gano; si os hace reír, ganáis y yo pierdo.

—Bueno—respondió con melancolía—puesto que tal es vuestro deseo, empezad.

—Al punto—y acercándose á su oído—os aburrezco—dijo.

—Ja, ja, ja.

—Hola!—dijo Marión—me engañáis. Os reís para hacerme perder. Estoy segura de que en el fondo lloráis á la sola idea de que no os ame. Pero bueno, esta vez no se cuenta; volvamos á empezar, sólo que ahora, si lloráis, yo gano, y si no, pierdo.

—Como queráis—suspiró tristemente.

—Oíd—dijo ella—os amo con toda mi alma.

El sollozó con desesperación.

—¿Tan poco!—exclamó ella enojada—¿cómo se entiende?—ahora deberíais reiros con la más franca alegría, por haberos confesado mi amor.

—Creedme, Marión—replicó él—lo que acabáis de decirme no puede alegrarme de ningún modo. Pensaréis como os dé gana; pero permitidme que os diga que, tanto llorando como riendo, sois el más leal de los jugadores; pero advertido yo de la mentira que siempre dicta vuestras palabras, nada puede igualar al gozo de oiros decir que no me amáis, como la desesperación que me produce oiros afirmar que me adoráis con toda vuestra alma.

CATULLE MENDEZ

La campana sorda

A FROILÁN TURCIOS

Fué la primer campana de aquel pueblo: una campana sorda, mal construida, formada de metales ordinarios, y con granos de escoria por encima; una campana fea, que la gente vió con admiración, porque no había otra en aquel lugar, que se prestara á establecer comparación precisa.

Sonaba sin cesar, sonido hueco, monótono y profundo, que esparcía, lo mismo en los placeres de aquel pueblo, como cuando anunciaba sus desdichas.

Pobre de quien incauto se atreviera á ponerle defectos! Respondía en su favor el vecindario todo, y se le echaba en cara que era envidia...

Se hizo de fama la campana sorda, á fuerza de alabanzas y de citas, y muchos que no oyeron su tañido, la tomaron al fin por maravilla.

Tan pausada sonaba en ocasiones, tan grave, tan formal, que parecía que los elogios de la pobre gente los creyó merecidos ella misma.

Mucho tiempo después, otras campanas hicieron á la vieja compañía—unas campanas fuertes y vibrantes, graciosa forma, voces argentinas, que, á través de los campos, á gran trecho, el transcurte con placer oía.

Hubo comparaciones... ¡todo en vano! Siempre triunfaba la campana antigua, porque fué la primera de aquel pueblo, la única en cien años; la que había impresionado tanto á los vecinos en muchos de sus goces y desdichas; y, sobre todo, porque, aunque era falsa la fama de valiosa que tenía, en este mundo es más, algunas veces, que la gloria real la que es ficticia, cuando el cariño ó la ignorancia insisten en que tiene esplendor lo que no brilla.

*

Así en las sociedades es frecuente encontrar individuos cuya vida va acompañada de falaz renombre, como el de la campana aquí descrita; hombres necios que pasan por lumbreras, á causa de una fama primitiva, que se formó en la oscuridad de un pueblo, y que dura aun después de la conquista que de la luz brillante del progreso el mismo pueblo realizó; de arcilla, ídolos contrahechos y ordinarios que la menor presión no aguantarían, pero que no hay quien á tocarlos llegue, aunque venga ocasión que así lo exija, porque—toscos y llenos de miseria—son ídolos, al fin, que el vulgo admira; gente-campana que jamás quisiera estar de otra campana en compañía, que sonara mejor y que exhibiera aquella fama ruin como ficticia!

CARLOS A. IMENDIA.

¿Su mirada

ENTRE la alegre turba del festín, sorprendi la mirada de unas pupilas azules que se clavaban en las mías.

Luego suspirando con tristeza la vi llevarse el embozo de su mano hacia los ojos y limpiarse una lágrima.

Palpitante de emoción, pensé entonces que era el amor que llegaba. Como desfallecía mi alma en aquellos momentos! Mi pobre alma abandonada!

—Oh mi dicha!—la dije dulcemente, lleno de rubor.—¿Por qué me miras así?

—¿Sabes por qué?—me contestó.—Porque tus ojos negros y pensativos me recuerdan los de mi pobre Juan. Oh! los ojos siempre tristes de mi amado...

RAFAEL ANGEL TROYO

Para entonces

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar á solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz, triste retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven: antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Baillarines

En vuelta en un velo blanco y casi transparente, surge Odette Valery, griega de origen y griega de alma, bajo la luz rubia de los reflectores, marchando con gravedad de icono, al compás de la flauta solitaria é invisible, en la cual hay ecos del festín de Alcibiades.

Vienen en seguida las tres bailarinas japonesas, bailando la danza sagrada, que recuerda algo de las pavanas y de las gavotas del Triánón. Son las mismas gracias mimosas. Las marquesitas de cera y de seda, nacidas en un serrallo y creadas entre algodón; frágiles marquesitas con almas de pájaros, con labios de esfinge, con ojos felinos.

Llegan las bailarinitas admirables, diminutas, que, ya mujeres y coquetas, acaban de pintarse los labios ante los vastos espejos del saloncillo. Se dirigen al público con ademanes de muñecas y gestos de autómatas, hacen pucheritos, se recogen la falda como la *belle Otero*, y buscan, cual Cleo de Mérode, actitudes lánguidas. Mas todo en vano. Aquellos rostros, no son los rostros de aquellos cuerpos. Y muy pintados, muy ingenios, parecen máscaras!

Aparecen las bailadoras orientales, que tienen siempre en el fondo de sus seres serpentinicos una chispa del divino fuego que incendió, veinte si-

glos ha, el cuerpo de Salomé. Bailan, una tras otra, al son de timbales y de pandeetas, entre el estrépito ensordecedor de bronces raros y de gritos de jaleadores negros. "Ja-la-la-la-lá! Ja-la-la-la-lá!"

Y luego se presentan las bailarinas cosmopolitas, Mirka, Nella, Frieda. Las tres son deliciosas, las tres ágiles y rítmicas. Las tres saben lo que valen. Mirka, es París, París con su gracia cortesana, con su elegancia altanera, con su atrevimiento revolucionario, con su frivolidad sensitiva. Nella, es Nápoles. Es la sencillez, la bondad, la alegría. Las chicas de Tanagra y de Pompeya debieron haber bailado como ella. Frieda, es Viena, Viena la noble, la artista, la entusiasta, Viena la perezosa, la antigermánica, la alucinante. Unidas las tres, representan la variedad del gusto moderno.

Por último, aparece la divina Faguette. Lu Faguette, la reina parisense, que hoy ocupa el trono de Citerca. No tiene mucho talento. Tiene un poquito. Canta algo. Baila algo. Dice, moviendo armoniosamente los brazos y guiñando con arte los ojos, la eterna romanza del eterno amor pasajero. Su placer favorito es amar. Su mayor defecto, la coquetería. Sus poetas preferidos, Baudelaire y Kichepín. Y es ambiciosa, muy ambiciosa. Quiere la dicha. Pero Luisa Faguette no es perfecta, ni siquiera es linda, es simplemente bonita. Su cuerpo frágil, esbelto, serpentino, tampoco es olímpico. Pero es admirable....

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

Imagen de Piedad

ERA de aquellos que no conocen ni el reposo, ni las fiestas, el pobre buen hombre viejo. Llevaba al dueño de su pequeño cortijo la entrega del mes de agosto: el medio saco de trigo molido, tres pares de pollos, cuyos huesos sobresalían entre las plumas erizadas, y un poco de mantequilla. Sus hijos, desembarazándose del servicio para ir á los oficios, le habían puesto la brida del asno en el puño, del viejo asno, casi tan enfermo como él, y "Huel Papá! Conduisez droit notre MARTIN!..."

En momentos en que él llegaba á la orilla, recibió en plena frente como un deslumbramiento, una visión del Paraíso, y permaneció allí estúpidamente plantado, en una admiración respetuosa; el asno reculó, afirmándose sobre sus jarretes: era la procesión que se desenvolvía, con sus grandes muselinas talaras, con sus banderas llenas de reflejos, sus cordones floridos, con sus ángeles, niños y niñas, TOUT EN NEUF, inflando sus mejillas bajo sus coronas de rosas. Después del sacerdote, vestido de un inmenso manto de oro, levantando al buen Dios, pálido, á través de una custodia de fuego...

Los jovencitos y las jovencitas se codearon y querían reventar de risa; ciertamente no se desarreglaría ese bello orden de cosas por un

viejo hombre acompañado de un asno viejo... Y toda la procesión rozó á esos dos seres ridículos, con el extremo de sus suntuosas vestiduras de reina.

El viejo tuvo conciencia de su indignidad, se puso de rodillas, se quitó su gran sombrero. El asno bajó las orejas lamentablemente, sus orejas demasiado largas, roídas de úlceras y cubiertas de moscas. De la alforja de la izquierda, las cabezas asustadas de los volátiles salieron abriendo el pico, tendiendo la lengua puntiaguda, muertos de sed, pues hacía un calor espantable, un pleno sol que devoraba el piadoso grupo con sus dientes de brasa. El campesino se apoyaba en el animal, y el animal en el campesino, sudando uno y otro, los flancos palpitantes, no osando ni uno ni otro mirar esas magnificencias que caían del cielo con llamas. La procesión con su paso lento, ceremonioso, de gran dama, se acercaba al próximo altar de Corpus; eso no concluía; siempre filas nuevas de mujeres endomingadas, nuevas filas de los señores notables; no volvería el viejo de su asombro de haber visto una tan enorme muchedumbre de cristianos bien puestos. En fin, llegó el momento en que pasaron los cojos, los enfermos, las madres llevando los niños de pecho, los mal vestidos, la vergüenza de la parroquia: Me ux, el de las muletas, que tomaba rapé cada diez pasos: RAGOTTE, la bociosa, que tenía la manía de plantar su enfermedad sobre un vestido de cachemir verde.

Entonces nuestro viejo se levanto, vacilante sobre sus piernas adoloridas, conmovido; levantó al asno por la rienda, siguió... No sabía ya lo que hacía, pero se sentía a su vez tirado como un asno, por una cuerda invisible, un hilo de oro salido de los rayos de la custodia, que corría á lo largo de las guirnaldas de flores y llegaba á su frente de viejo encaprichado, bajo la forma lancinante de una flecha de sol. Muy chico, antes [oh! en las mañanas de los tiempos], había seguido al sacerdote con vestidos purpúreos, arrojando hojas de rosa entre los humos de incienso, y había tenido gozos de orgullo; más grande, había colocado tras las mozas risueñas, intentando en veces distraerlas de su rosario; había tenido las mismas altiveces inexplicables, los mismos fuertes latidos de corazón, confundiendo el brillo de las piedras preciosas de las casullas con la dulce incalificación de los ojos de MARTÍN, su prometida... y después,

no se acordaba mucho, los años corran todos iguales, como las tocas blancas, como las alas palpitantes de todas esas cabezas de mujeres piadosas, perdiéndose sobre las azules lejanías del cielo.... No se acordaba más; seguía sin embargo, siempre el último, el menos digno, tirando de su asno con mano obstinada, olvidando hasta el objeto de su viaje. Y MARTÍN, dócilmente, ritmaba su marcha con el coro del cántico; los pollos, fuera de la alforja inclinaban la cresta, con aire de resignarse, pues que se iba al paro... .

Había quienes se volvían á menudo, entre la fila de fieles escandalizados. Se le enviaban muchachos para decirle que se volviese... ó que dejase su asno. Qué cola de procesión la de MARTÍN! Circulaban risas de muchachas, con susurros de abejones; y solamente el señor cura no quería darse cuenta de nada, aparentando no entender lo que venía á murmurarle su sacristán al presentarle el incensario.

La procesión, después de las paradas de uso, se entró bajo el pórtico de la iglesia. El viejo se encontró solo, en medio de una playa desierta. Entrar con MARTÍN no era casi posible. Abandonar á MARTÍN, los pollos, la mantequilla, la montura, ni pensarlo quería. Y no tendría él su parte de la gran bendición, de aquella que inclinaba á los fieles, cargados de pecados, sobre las baldosas, como las espigas maduras bajo el vencedor relámpago de la hoz... Lanzando un profundo suspiro, el pobre viejo se signó, descubierta su frente, una última vez, ante la ojiva sombría del portico.

Mas he aquí que bruscamente brota de esa oscuridad temible una extraordinaria aparición: del fondo de la iglesia, el cura le llevaba la custodia; sí, el cura asombrando á sus feligreses endomingados, el cura con su casulla luminosa, aureolado de estrellas, de cirios, nimbado de las nubes del incienso... y el sacerdote, con una mirada de extraña dulzura, pronuncia las palabras sagradas, mientras que resplandece, más fulgurante aún, la custodia de allá arriba, el sol, sobre el humilde viejo, que lloraba de alegría, sobre el triste MARTÍN, cuyas orejas ulceradas pendían ¡ay! tan lastimosamente... .

RACHILDE

París.

Los genios

El arte supremo es la región de los iguales. La obra maestra es igual á la obra maestra. Como el agua, que calentada á 100 grados, no es capaz de aumento de calor, ni es posible elevarla á más alta temperatura, el pensamiento humano alcanza en ciertos hombres su completa intensidad. Esquilo, Job, Fidas, Isaías, San Pablo, Juvenal, Dante, Miguel Angel, Rabelais, Cervantes, Shakespeare, Rembrandt, Beethoven y algunos más, señalan los cien grados del genio.

El espíritu humano tiene una cima, el ideal. Dios desciende hasta ella y el hombre sube y la alcanza.

En cada siglo, tres ó cuatro genios emprenden la ascensión. Desde abajo se les sigue con la vista. Estos hombres trepan la montaña, entran en las nubes, desaparecen, reaparecen. Se les espía, se les observa. Borean los precipicios: tal vez algún espectador les desea un paso en falso. Los aventureros prosiguen su camino. Helos allá arriba, allá lejos. Apenas si son más que puntos negros. ¡Qué pequeños son!—exclama la multitud. Pero son gigantes. Allá van. El camino es áspero. Las escarpaduras amontonan los obstáculos. A cada paso un susto, una trampa. A medida que se elevan, el frío aumenta. Es preciso construirse la escalera, cortar el hielo y caminar sobre él. Tallan escalones en el odio. Todas las tormentas rugen. Sin embargo, estos insensatos prosiguen su camino. El aire ya no es respirable. Los abismos se multiplican en su derredor. Algunos caen. Lo merecen. Otros se detienen y descienden. Hay sombríos desfallecimientos. Los intrépidos continúan, los predestinados persisten. La témpera pendiente se derrumba bajo sus plantas y trata de anastrarlos, que la gloria es traídorá. Las águilas los contemplan, los rayos los acosan, el huracán está furioso. Más no importa, se obstinan y suben. El que llega á la cúspide es tu igual, Homero.

VICTOR HUGO

NOTAS

Revista Nueva,—

quincenal literario que publica en Tegucigalpa (Honduras el conocido escritor don Froilán Turcios, ha entrado en su segundo año

de existencia. Desde su fundación, dicha revista mereció el aprecio general de los amantes de las buenas lecturas. Siempre publica material variado y ameno. Felicitamos al señor Turcios y excitámosle á que continúe en sus labores literarias.

EL DEMÓCRATA

de Santa Ana, El Salvador.

Revista Nueva.—

Exquisito material trae el número 27 de esta magnífica revista. El poeta Turcios es el único que hoy se dedica en nuestra patria, con constancia digna del mayor encomio, á la publicación de lo bueno que en literatura tenemos. Vayan á él nuestra voz de aliento y nuestra admiración entusiasta.

DIARIO DE HONDURAS

Rayo de luna.—

Una sonata de Beethoven.—Cierta noche, el gran músico Beethoven paseaba, según su costumbre, por los alrededores de Born, su pueblo natal. Al pasar por delante de una casa de campo de humilde apariencia, oyó tocar un piano, se detuvo y escuchó, observando que una mano habilísima tocaba una de sus más hermosas sinfonías.

Maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, Beethoven entró en aquella casa, abrió la puerta de la habitación donde sonaba el piano, y se halló en presencia de una joven, que interrumpiendo la sinfonía, dijo:

—¿Eres tú, papá?

Y volvió á tocar, acabando tranquilamente su obra. Después, volviéndose hacia Beethoven, la muchacha le dijo alegremente:

—Ven, papá; acércate para que te abrace, ya que no puedo ir yo misma á buscarte.

Beethoven se acercó al piano, y se quedó penosamente conmovido.

Aquella niña era ciega.

El maestro no pudo contener una triste exclamación. Esta voz desconocida asustó á la joven, que preguntó con la mayor ansiedad:

—¿Quién sois?—No sois mi padre.

—No, hija mía, respondió melancólicamente el maestro. Pero no temáis: soy un amigo, soy Beethoven.

—¿Cómo! ¿Sois Beethoven?—exclamó la joven alborozada.—¡Oh! qué desgracia tan grande la mía, que no me permite ver á quien tanto amo y venero! Hace dos años que una grave enfermedad me quitó la vista, y desde entonces sólo la música me consuela; sin la música ya habría muerto de tristeza.

Sobre todo, vuestras obras son las que me unen á la vida, haciéndome olvidar mi desgracia.

—¡Pobre niña!—suspiró el artista; y luego añadió:—Pero si no podéis verme, por lo menos podréis oírme.

Beethoven se sentó al piano, una lágrima resbaló lentamente por sus mejillas, los sentimientos que llenaban su alma se manifestaron en un torrente de armonía. Sus dedos corrieron sobre las teclas, improvisando aquella elegía admirable que se llama *Rayo de luna*.